

Algunos materiales del yacimiento tardorromano del Salto de la Novia (Ulea, Murcia)

SEBASTIÁN F. RAMALLO ASENSIO

Universidad de Murcia

INTRODUCCION

Los escasos datos escritos que tenemos para el área de Carthago Nova y su entorno durante el Bajo Imperio contrastan con la abundancia de testimonios literarios para la época republicana y los inicios del Imperio. Exceptuando las menciones testimoniales del Congreso de Elvira, de muy relativo valor, hay que aguardar a los inicios del siglo V para encontrar testimonios escritos directos referidos a esta región. La arqueología ofrece aquí pues una fuente primaria y casi exclusiva. En este sentido presentamos los materiales de Ulea, como una nueva aportación al conocimiento de esta fase comprendida entre la segunda mitad del siglo IV y la primera mitad del siglo V.

Estamos aun lejos de conocer con auténtico detalle el desarrollo histórico del Levante peninsular durante la época romana. A pesar de los trabajos antiguos (Mergeli-

na, Nieto, Belda, etc.) y del incremento de las excavaciones arqueológicas sistemáticas, es todavía mucho lo que falta por recorrer para poder ofrecer una visión histórica precisa y completa.

Por un lado, el conocimiento de la Carthago Nova romana es aun parcial, pese a los últimos y en cierto modo espectaculares hallazgos. Su desarrollo e importancia durante la edad republicana está más que probado, incluso hay un fuerte impulso constructivo en época julio-claudia (termas de la calle Honda, zona de tabernas porticadas en la plaza de San Francisco, etc.) y durante el siglo I, pero es todavía muy poco lo que sabemos para el siglo II, pese a la gran abundancia de sigillatas clara A de este momento y a dos excelentes capiteles corintios hallados en la plaza de San Sebastián y de proc. indeterminada; menores son aun los datos referidos al siglo III, donde quizás sea la lápida y pedestal de Iulia Mamea el elemento más significativo para constatar la continuidad de la ciudad, por más que nos extrañe la ausencia total de cerámicas sigillatas y otros materiales (arquitectónicos, musivos, pictóricos, etc.) que se puedan ubicar en este período; mientras que para el siglo IV, sobre todo en su segunda mitad, es ya la necrópolis de San Antón la que nos permite seguir el hilo histórico de la ciudad.

Por otra parte, se han realizado ya estudios monográficos sobre los mosaicos (1), capiteles (2) y cerámicas, pero en el plano urbanístico y en general arquitectónico falta aun una visión de conjunto (3). Se han estudiado de forma minuciosa alguno de sus yacimientos (Plaza de los Tres Reyes, restos monumentales pertenecientes a unas grandes termas cuyo núcleo principal se ha podido constatar y excavar parcialmente bajo un solar de la calle Honda (4)), pero apenas si conocemos algo sobre la ubicación y aspecto del Foro, del anfiteatro, cuyo perímetro y estructura se va delimitando paulatinamente (5), o incluso otros edificios de carácter municipal y público. Viviendas en la calle del Duque, de la Soledad y Cuatro Santos, van permitiendo obtener una visión de su arquitectura privada, aunque hasta el momento ninguna de estas edificaciones ofrece una planta completa. Pero, en cualquier caso, la mayor parte de los restos son claramente tardorrepublicanos, o del siglo I d.C. Para el siglo IV, cuya importancia en la ciudad queda bien reflejada por abundantes cerámicas sigillatas claras D de los tipos Hayes 59, 60, 61, 62, 70, 73, 76, etc., parece que se puede hablar de una reducción del perímetro de la ciudad, claramente constatado por los testimonios arqueológicos, que se ciñe al espacio comprendido entre los Montes de la Concepción y Molinete. Niveles tardíos, aunque en algunas ocasiones difuminados o removidos, de

(1) RAMALLO ASENSIO, S: *Mosaicos romanos de Carthago Nova (Hispania Citerior)*. Murcia, 1985.

(2) MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A: *Capiteles romanos y tardoantiguos de la Región de Murcia*. Tesis de licenciatura inédita, Murcia, 1986; un extracto del trabajo ha sido presentado por su autor al Primer Congreso de Arqueología Clásica, Granollers, 1987.

(3) Se anuncia ahora para el volumen V de la Historia de Cartagne dirigida por J. Mas, un amplio estudio sobre el urbanismo debido a la pluma de P. San Martín Moro.

(4) MÉNDEZ ORTIZ, R: *Estudio histórico-arqueológico del conjunto de la Plaza de los Tres Reyes*. Tesis de licenciatura inédita, Murcia, 1982; y también, MARTÍNEZ ANDREU, M: «Excavaciones arqueológicas en el casco urbano de Cartagena». *Primeras Jornadas de Arqueología en las ciudades actuales*. Zaragoza, 1983, pp. 153-168.

(5) El último resumen sobre el anfiteatro, con planta incluida, se debe a P. San Martín, publicado en *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas*. Zaragoza, 1983, pp. 337-351. Los recientes hallazgos de la plaza de San Francisco, interpretados por algunos como restos de un Foro, han sido presentados por M. C. Berrocal, a la reunión, «Los Foros romanos en España», celebrada en Valencia, en enero-febrero de 1986.

difícil asociación a estructuras arquitectónicas se han podido constatar en la calle de los Cuatro Santos, n.º 19, plaza de los Tres Reyes, Plaza de San Sebastián, calle Honda, calle del Cañón/Cuesta de la Baronesa, calle Jara, y sobre todo en los estratos tardíos del Molinete y zonas adyacentes.

Evidentemente, la crisis del siglo III afecta a la ciudad de forma incuestionable. No vamos ya a hablar de las manidas invasiones de francos y alamanes, cuya incidencia en el Levante peninsular, pese a los estratos de destrucción constatados en la Alcudia y Tossal de Manises, está aún por precisar. En cambio son múltiples los factores que inciden sobre la ciudad y el campo circundante, inseguridad de costas, epidemias, etc., y justifican la total ausencia de hallazgos numismáticos ubicables en los tres últimos cuartos del siglo III, de capiteles, elementos arquitectónicos y mosaicos que se puedan fechar en estos años, e incluso la carencia de inscripciones que se puedan centrar en el período estudiado.

Arqueológicamente deberíamos introducir aquí la existencia de auténticos *castelli*, o asentamientos de control y vigía, establecidos sobre cerros de difícil acceso tales como los Maridiaz de Cieza, controlando un amplio valle cuajado de *villae* agrícolas, o de Begastri, de situación geográfica similar, donde quizás se pueda pensar en una primera fortificación del cerro en el siglo III. Con ello tampoco queremos decir que se produjera una auténtica debacle, tal como se ha señalado en otras ocasiones, pero desde luego si es evidente una fase de inseguridad, inestabilidad y seguramente miedo, que conduce a un estado de incertidumbre. Algunas *villae* en proceso de excavación están demostrando un claro retraimiento en la segunda mitad del siglo III; así, en la *villa* de la Quintilla (Lorca), tras un período de auge en los siglos I, II y parte del III, con numerosos mosaicos, es muy difícil seguir el hilo conductor de su historia durante el siglo IV y la segunda mitad del siglo III; lo mismo sucede con la *villa* de la Huerta del Paturro (Portman), donde se observa un período de floruit durante el siglo II y el primer tercio del siglo III (denario de Septimio Severo), y cuya continuidad durante la segunda mitad del siglo III y el siglo IV resulta muy problemática —pese al hallazgo de algunas formas Hayes 99 de terra sigillata clara D, que incluso entrarían ya dentro de una fase avanzada del siglo VI—. De momento, el caso más significativo es el de la *villa* de Los Torrejones (Yecla), importante asentamiento con notables restos escultóricos, donde se constata, al menos en un sector del yacimiento, un nivel de destrucción y una ocultación monetaria acaecida seguramente en la primera década de la segunda mitad del siglo III, ya que la última emisión del tesorillo corresponde a un sextercio de Trajano Decio (6).

En este aspecto, la investigación no ha hecho más que comenzar; lo más sencillo es en este caso atribuir este fenómeno a las acciones devastadoras de germánicos, que es por otra parte la fuente escrita más directa que tenemos, pero en definitiva, su itinerario, intensidad y consecuencias requiere aun una confirmación arqueológica más precisa. Ahora bien, hay que tener también en cuenta otra serie de factores que inciden con tanta o más fuerza en esta situación. Son bandas de soldados desertores, endémicos bandoleros —sobre todo refugiados en las montañas de la parte norte de la

(6) AMANTE SÁNCHEZ, M. y LECHUGA GALINDO, M.: «Un conjunto de bronce del siglo III d.C. procedente del yacimiento romano de Los Torrejones (Yecla-Murcia)», *I Jornadas de Historia de Yecla*, enero de 1986, pp. 51-61.

región (sierras de Moratalla, Cazorla, Alcaraz, etc.)— e incluso se ha hablado también de incursiones piráticas en las costas.

De cualquier forma, el fortalecimiento del poder imperial trae consigo inevitablemente una recuperación económica, y seguramente, tras años de incertidumbre, un período de prosperidad.

La preponderancia de Carthago Nova en el territorio surestino se reafirma con su capitalidad de la nueva *provincia carthaginiense*, sobrepuesta con algunas adiciones al antiguo *conventus carthaginensis*. Esta recuperación se plasma en el hallazgo masivo de sigillatas claras D, de los tipos arriba señalados, y se observa aun mejor en toda una serie de factorías de salazón que ven de nuevo renacer su actividad con gran intensidad. En todas ellas abundan las sigillatas africanas Hayes 61 y 67, y en menor proporción los tipos Hayes 91, 73, 76, lucernas tipo Dressel 31/Ponsich IV C, y abundante numerario de época constantiniana y teodosiana, que proceden en una gran proporción de cecas orientales (7). Parece que este desarrollo se prolonga de forma clara durante el primer tercio del siglo V, y que las distintas oleadas de germanos no afectaron directamente a este territorio. El episodio de los vándalos, pese a su carácter de incursión esporádica, provocó la ruina de alguna de estas factorías costeras, cuya reconstrucción y desarrollo hasta el siglo VII nos resulta difícil de seguir. De momento, cerámicas características de la segunda mitad del siglo V/siglo VI son difíciles de reconocer, si exceptuamos los yacimientos de Cartagena ciudad y el de la Azohía, en cierto modo el más protegido por la configuración natural del terreno.

¿Cuál es la situación en las tierras del interior? El número de *villae* con testimonios materiales corresponsdientes a esta fase es muy numeroso. De todas ellas, en parte inventariadas en otro trabajo (8), son las más conocidas las de la Alberca—especialmente por su mausoleo— Finca Trujillo (con tipos Hayes, 59, 61 y 67), Bancal de las Tejas (Hayes 59, 61 y 76) o el Pedregal de Jumilla (Hayes 59 y 61), todas ellas en zonas fértiles del llano y con ricos pavimentos de mosaico.

Junto a estos yacimientos del llano nos llama la atención otra serie de enclaves de topografía totalmente distinta; son yacimientos situados en cerros escarpados, de fácil defensa, que dominan amplias zonas de valle y especialmente los mejores pasos naturales. Sus cerámicas denotan inicialmente una contemporaneidad con los yacimientos del valle, pero a diferencia de éstos, su continuidad a lo largo de los siglos V y VI aparece mucho mejor documentada. Destacan aquí los yacimientos del Castillo de la Puebla (con sigillata clara D de los tipos Hayes 61, 81, 84, 89, 91, 99, 103 y 104), Castillo de los Garres (formas Hayes 61, 64, 73, 91 y 99), Cerro de la Almagra (Hayes 59, 67 y 91) y Cerro del Castillo en Coto Fortuna (Hayes 61, 67, 70, 73, 84, 91, 93 y 104). Evidentemente, en muchos de ellos su hábitat no se inicia durante este período, ofrecen una tradición anterior, pero si es por el contrario característico de todos ellos un incremento de su población. ¿Cuál es la situación y en qué contexto se ubica el yacimiento de Ulea que aquí presentamos?

(7) LECHUGA GALINDO, M: «Numismática tardo-romana de la Región de Murcia». *Ant. y Cris. II*, 1985, pp. 195-229.

(8) MÉNDEZ, R. y RAMALLO, S: «Cerámicas tardías (ss. IV-VII) de Carthago Nova y su entorno». *Ant. y Cris. II*, 1985, pp. 232-280.

LOCALIZACION GEOGRAFICA

El yacimiento se encuentra situado en el término municipal de Ulea, muy cerca de la actual población homónima y a escasos metros del límite con el término municipal de Ojós. Sus coordenadas geográficas son 2° 21' 05" de longitud Este y 38° 08' 20" de latitud Norte, Hoja n.º 912, Mula, del I.G.C., E.: 1:50.000 (fig. 1). Ocupa una especie de vaguada situada a unos 20 m. sobre el nivel del río, formada entre dos espolones rocosos, y junto a un recodo del río Segura, que corre a sus pies determinando actualmente una estrecha y fértil huerta encajonada, donde predomina el limonero como cultivo principal. Una noria situada en las proximidades del yacimiento contribuía hasta hace muy pocos años a distribuir el agua entre las huertas colindantes.

Las estructuras arquitectónicas se distribuyen de forma escalonada en el espacio habitable y están formadas, al menos en lo que se aprecia actualmente por una serie de habitaciones, construidas a base de zócalos de piedra irregular careada y con alzado seguramente de ladrillo o adobe. Estaban comunicadas en sus distintos niveles a través de una escalera, de la cual se conservan nueve peldaños de arenisca de 1'48 m. de largo, 0'32 m. de ancho y 0'20 de alto. Las dimensiones de las habitaciones oscilan entre los 3 m. x 2'70 m., para las más pequeñas, y de 8 m. x 8' m. para las que hasta ahora hemos reconocido como mayores. Dispersos por el yacimiento hemos reconocido restos de *opus signinum* liso, fragmentos de ladrillo de grandes dimensiones y parte de un molino de grano hecho sobre una roca básica. Al menos en la hab. n.º 11, fueron hallados también restos de grandes vigas carbonizadas que actualmente se conservan en los fondos del Museo Arqueológico Provincial.

REFERENCIAS

Las referencias escritas sobre el yacimiento son muy reducidas e imprecisas. Los materiales depositados en el Museo de Murcia fueron recogidos en diversas fases durante las excavaciones realizadas por D. Nicomedes Gómez bajo la supervisión del entonces director del Museo Sr. Jorge Aragonese, entre los años 1970-1972. Los resultados de tales trabajos permanecen inéditos y, al menos que sepamos, no existe tampoco documentación escrita alguna en el mismo Museo. Valiente Atue menciona la existencia de muros y el hallazgo de dos piedras de molino circulares, cerámicas, restos de clavos y una funda de puñal, material este que no hemos podido localizar (9). L. Caballero estudió un plato de terra sigillata clara D, «forma 53 de Lamboglia, variante Valencia», con decoración estampada entre dos acanaladuras concéntricas, de un cuadrado con un rombo inscrito en su interior y círculos en los que se inscriben a su vez semicírculos tangentes entre sí y secantes a la circunferencia que los encierra (10). Recientemente hemos estudiado parte de un plato Rigoir 1 con decoración de círculos concéntricos hechos a base de trazos puntillados aproximadamente cuadrados,

(9) VALIENTE ATUE, S: «Ulea. Salto de la Novia». *N.A.H. I (1-3)*, 1952, p. 232.

(10) CABALLERO ZOREDA, L: «Cerámica sigillata clara del tipo D estampada de las provincias de Murcia y Almería». *Miscelánea Arqueológica, I*. Barcelona, 1974, pp. 200-201, n.º 17.

así como parte de un vaso Rigoir 15 con decoración en dos registros separados por una fina estría, con espigas alargadas en la parte baja y una línea denticulada en zigzag en la parte superior (11). Una lucerna tipo Dressel 31 (Hayes I B) que ha sido publicada por M. Amante presenta una decoración con espigas en relieve sobre el margo y parte de los brazos en aspa de un crismón con el infundibulum entre ellas (12).

En conjunto, el material publicado presenta una cronología bastante homogénea que se puede centrar entre la segunda mitad del siglo IV y la primera mitad del siglo V. Así, entre el 400-450 para el plato Hayes 61 B estudiado por Caballero; fines del siglo IV o primera mitad del siglo V para las piezas grises; y segunda mitad del siglo IV-primer tercio del siglo V, para la lucerna.

Pero entre los fondos procedentes de este yacimiento depositados en el Museo Provincial de Murcia nos llamó inmediatamente la atención un lote muy abundante de objetos de metal, de entre los cuales hemos seleccionado para su descripción y estudio aquellos que, pese a no haber sufrido un tratamiento minucioso de limpieza y conservación, ofrecían una forma claramente definibles.

INVENTARIO

1. Freno de caballo que conserva algo más de la mitad del bocado de hierro y una de las camas en el extremo. El vástago, con seguridad articulado en el centro, mide en lo conservado 15 cms. y termina en uno de sus extremos en una especie de gancho del que colgaría una anilla de hierro perdida (13) que se engarza en la cama de bronce formada por una rueda calada de contorno casi circular, con el orificio central reforzado. Esta pieza, relativamente bien conservada, mide 55 mm. de diámetro y tiene 5 mm. de grosor. En la parte superior conserva un estribo de forma trapezoidal para unir la cabezada a las correas. La dimensión total con esta prolongación es de 78 mm. La decoración calada es a base de triángulos de lados curvos en la parte superior (que corresponde al estribo) e inferior, y de una especie de peltas afrontadas algo irregulares en los laterales. La rueda exterior presenta una decoración troquelada mediante la impresión de círculos poco profundos que cubren todo su perímetro, que aparece asimismo contorneado por ocho apéndices, que son en gran medida los que determinan el contorno geometrizado de la pieza (fig. 2).

La rueda de Ulea se encuadra dentro del grupo I de los tres establecidos por Palol: ruedas circulares con decoración geométrica (14) cuyos paralelos más inmediatos habría que señalar, en cuanto a la decoración calada, en dos ejemplares idénticos de Pollentia, con ornamentación a base de ocho arcos de herradura, de dimensiones in-

(11) MÉNDEZ, R. y RAMALLO, S: *op. cit.*, pp. 257-262.

(12) AMANTE SÁNCHEZ, M: «Lucernas en T.s. Africana de la Región de Murcia». *Ant. y Crist. II*, 1985, pp. 161-162, fig. 2, n.º 8.

(13) Cfr. el ejemplo más inmediato en la colección Fontaneda de Palencia, publicado por PALOL, P: «Bronces romanos de la provincia de Palencia». *B.S.A.A.V.* 33, 1967, pp. 236, láms. IV y V.

(14) PALOL, P. de: «Algunas piezas de adorno de arnés de época tardorromana e hispanovisigoda». *A.E.Arq.* XXV, 1952, pp. 297 y ss., especialmente, 301-307. PALOL, P. de: «Bronces de arnés con representaciones zoomórficas». *Ampurias*, 15-16, 1953-1954, pp. 279-292.

cluso similares a las de Ulea (15); también presentan similitud con la pieza que aquí comentamos, dos ruedas gemelas procedentes de la misma Pollentia, decoradas con figuras triangulares y semicirculares, pero distintas en cuanto a la forma del estrió (16) y un ejemplar procedente de la colección Remis, de Mahón (17). En cuanto a la decoración troquelada a base de círculos con un punto en el centro es muy frecuente dentro de la toreútica bajo imperial y de época visigoda. Sobre ruedas de este tipo la hallamos en las dos primeras piezas de Pollentia arriba citadas, en una pieza con inscripción procedente de Mérida (18) o en la cama de un freno de caballo de la colección Fontaneda procedente del norte de la provincia de Palencia (19) que ha sido estudiado por Palol permitiéndole precisar distintos detalles sobre la forma de aplicación y empleo de estas piezas.

2. La segunda pieza forma parte también de un freno de caballo, y es un pasador de bronce formado por dos piezas de forma ahuesada con estrechamiento central, unidos entre sí en el centro por un vástago cilíndrico de 8 mm. de grosor. Su longitud es de 76 mm. y su diámetro máximo es de 14 mm.

Dos piezas muy similares procedentes respectivamente de una tumba de la Vega Baja de Toledo y de la necrópolis de Hornillos del Camino, publicó Palol como varillas de cama de freno, avanzando una reconstrucción, tomando como base el enjaezado del caballo de Amoris del mosaico de la villa de Dueñas (20). También Caballero publica una pieza similar conservada en el Museo Arqueológico de Mérida (21).

El ejemplar de Ulea fue hallado en octubre de 1971 en la hab. n.º 11.

3. Nueve clavitos o tachuelas de calzado de cabeza semiesférica y vástago troncocónico, de hierro, cuyas dimensiones oscilan entre los 15 y los 17 mm. de longitud máxima y 9-10 mm. de ancho en la cabeza (con los óxidos de hierro). Son muy semejantes a los publicados por P. de Palol procedentes de una tumba de la Vega Baja de Toledo (22), muy frecuentes, por otra parte, en necrópolis de la mitad norte peninsular (Fuentespreadas, Simancas, Cabriana, etc.) (23) y fuera de esta región, en la necrópolis tardorromana de las Huertas, en Pedrera (Sevilla) (24). Improntas del claveteado de estas zapatillas halló Palol sobre las baldosas de cerámica que cubrían la tumba n.º 29 de la necrópolis de San Miguel de Arroyo (25). Su utilización extrapeninsular está probadamente constatada.

(15) PALOL, P. de: «Algunas piezas...», n.º 1 y 2, fig. 2.

(16) PALOL, P. de: «Algunas piezas...», n.º 3 y 4, fig. 2.

(17) PALOL, P. de: «Algunas piezas...», n.º 5, fig. 2.

(18) PALOL, P. de: «Algunas piezas...», n.º 8, fig. 3.

(19) PALOL, P. de: cfr. nota 13.

(20) PALOL, P. de: «Una tumba romana de Toledo y los frenos de caballo hispano-romanos del Bajo Imperio». *Pyrenae*, VIII, 1972, pp. 133-146, especialmente fig. 10; para Dueñas, vid. *M. M.* 8, 1967, pp. 196 y ss.

(21) CABALLERO, L.: *La necrópolis tardorromana de Fuentespreadas (Zamora)*. E.A.E., N.º 80, 1974, p. 94, n.º 42, fig. 22.

(22) PALOL, P. de: *op. cit.* nota 20.

(23) Una gran parte aparece recogida en CABALLERO, L.: Fuentespreadas, n.º 21, pp. 73-74.

(24) FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. y otros: «La necrópolis tardorromana-visigoda de las Huertas en Pedrera (Sevilla)». *N.A.H.* 19, 1984, tumba 23, p. 313, fig. 34.

(25) PALOL, P. de: «La necrópolis de San Miguel de Arroyo y los bronceos hispanorromanos del siglo IV». *B.S.A.A.V.*, XXXIV-XXXV, 1969, pp. 93 y ss., especialmente, sep. 29, p. 132.

4. Casi totalmente destruidos por la oxidación se conservan en los Fondos del Museo numerosísimos fragmentos de cobre en placas de aproximadamente 1 mm. de grosor y de descripción y sobre todo filiación muy difícil. Algunos presentan restos de orificios circulares, otros tienen perfiles curvados, e incluso en un pequeño fragmento se pueden reconocer los restos de un asa de forma casi semicircular y sección cilíndrica. Debieron formar parte de instrumentos de cobre, ésitulas, jarros, páteras, ?, cuya identificación precisa resulta hoy —al menos hasta que no se sometan todos y cada uno de ellos a un tratamiento de limpieza y restauración adecuado— prácticamente imposible. En lámina adjunta ofrecemos algunos de estos fragmentos de distintas dimensiones (26).

5. En la vitrina 2 de la sala VIII se conservan nueve cencerros fuertemente oxidados, de dimensiones variadas, con restos de asidero, e incluso en un caso con el badajo soldado por los óxidos. Reproducimos en la fig. 3, tres de ellos. El primero tiene unas dimensiones medias de c. 6'5 cms. de ancho y de 7'5 cms. de longitud, con un orificio de 2'5 mm. para introducir el gancho del badajo. Dado el mal estado de conservación, no hemos podido determinar con precisión la existencia de remaches para la unión de las dos caras, aunque su estructura no debió ser muy distinta a la restituida por Caballero sobre un ejemplar de Fuentespreadas (27). Otro ejemplar de 8 cms. de ancho y 13 cms. de altura conserva el asa de forma casi rectangular pero ha perdido el badajo; en este caso parece que se puede reconocer una soldadura en el tercio superior de la pared. El tercer cencerro que reproducimos tiene dimensiones más reducidas, 4'5 cms. de ancho y 6'5 cms. de alto, y presenta una forma rectangular con asa semicircular y badajo cilíndrico.

6. Vástago de bronce que por uno de sus extremos se bifurca en una horquilla de dos brazos de forma semicircular —en uno de cuyos extremos se observa una perforación—, mientras que por la parte opuesta se alarga de forma perpendicular al eje, terminado en punta en uno de sus lados y en el otro, al parecer seccionado, de forma cuadrangular, determinando un perfil cóncavo.

Su forma e incluso su grosor, no concuerda con ninguna de las asas recogidas por P. de Palol para recipiente de bronce bajo imperiales. Tampoco responde a un objeto definido dentro del atalaje del caballo o de la vestimenta del jinete, donde el elemento tipológicamente más próximo es la espuela para el acicate del animal. Queda pues por precisar la función específica del objeto, aunque todo parece indicar que hay que relacionarlo con este conjunto de bronce tan característicos del Bajo Imperio.

Hab. 11, hallado el 14.10. 1971. Fig. 4,2.

7. La pieza constituye una especie de gancho de hierro en forma de «ele», con un amplio orificio central sobre el extremo superior, cuya función precisa desconocemos, ya que no hemos localizado paralelos inmediatos para ella. Fig. 3.

(26) Para estos objetos puede verse, PALOL, P. de: «Necrópolis hispanorromanas del siglo IV en el valle del Duero. III. Los vasos y recipientes de bronce». *B.S.A.A.V.*, XXXIV, 1970, pp. 205 y ss.

(27) CABALLERO, L.: Fuentespreadas, p. 116, ff. 27 y 28.

8. El último objeto de metal que aquí recogemos, es una especie de botella de hierro?, de cuerpo cilíndrico, 12 cms. de diámetro, y con la base plana sobre la que se yuxtapone una especie de trípode soldado en el centro, cuya función precisa de momento desconocemos. Fig. 5.

VALORACION

En primer lugar lo primero que nos llama la atención en este yacimiento es su localización en una estrecha pendiente encajada por peñascos rocosos (lam. 1 y 2), que en gran medida condicionan su desarrollo y expansión. Es un emplazamiento extraño a una *villa*, para la que generalmente se buscan espacios abiertos y llanos que permiten cultivos de distinto tipo (cfr. Los Torrejones, Los Cipreses, Villaricos, etc.). Su elevación a unos metros sobre el nivel del río puede ser interpretada como una medida de precaución ante las frecuentes y peligrosas riadas que las lluvias torrenciales provocan en esta región. En cualquier caso, existen en las proximidades del yacimiento, otros espacios naturales más idóneos para una función agropecuaria, especialmente desde Archena a Ceutí/Lorquí-Alguazas, donde la vega se ensancha notablemente favoreciendo considerablemente el asentamiento (*villa* de los Palacios, Lorquí, etc., de cronología altoimperial).

Por otra parte, al menos en lo excavado, tampoco se reconocen las estancias y planta más características de una *villa*; son una serie de habitaciones, de dimensiones variadas que se distribuyen en dos o tres terrazas. Los restos materiales difieren también considerablemente de los hallados en *villae* de los alrededores y corresponden en lo que a cerámica se refiere, a grandes *dolia* y recipientes de almacenamiento (fig. 6), así como a algunas sigillatas claras D, aunque en proporción más reducida. Mucho más interesantes son en cambio los restantes materiales arqueológicos y especialmente los instrumentos metálicos. Entre ellos destacan por ser los mejor estudiados, los bronce de arnés que formaban parte de un freno de caballo, y las tachuelas de calzado y cencerros. La clara filiación tipológica y cronológica es en parte debida a su aparición, asociados a otros elementos más característicos, en una amplia serie de necrópolis del valle del Duero, que en su día, llevaron a Palol a señalar la existencia de un «límes» creado con posterioridad a las invasiones franco-alemanas del siglo III, «formado por un grupo hispano-romano mezclado quizás con germanos federado» (28). Esta hipótesis fue secundada por distintos investigadores (especialmente Blázquez y Caballero) que la recogieron e incluso la reforzaron con la aparición de nuevos elementos. El posterior hallazgo de estos mismos elementos en lugares muy alejados de esta línea, Castellón por ejemplo, hicieron a Palol replantear sus hipótesis iniciales y vincular estas necrópolis a *villae* de grandes *possessores*, relacionando el carácter militar de los ajuares «a la necesidad de defensa de las propias fincas de los *potentiores* dedicados a una amplísima explotación rural...» (29).

(28) PALOL, P. de «San Miguel de Arroyo», pp. 169 y ss. y en *B.S.A.A.V.*, XXIV, 1958.

(29) PALOL, P. de «Romanos en la Meseta: El Bajo Imperio y la aristocracia indígena». *Segovia y la arqueología romana*. Barcelona, 1977, pp. 297-308.

De cualquier forma, los objetos descubiertos en Ulea son los menos característicos de estos ajuares (desconocemos la morfología de la funda de puñal hallada por Valiente Atué), y también los que gozaron de una mayor expansión por toda la Península Ibérica. En un período en el cual el caballo y las caballerías hispanas son ensalzadas es muy natural la existencia de frenos y atalajes de caballo especialmente frecuentes en aquellas áreas de cría y doma más importante. Así, el área que aquí estudiamos, sin ser una zona específicamente ganadera, sobre todo la mitad más meridional del territorio, si cuenta con una larga tradición, que se manifiesta claramente en época ibérica; atalajes y frenos de caballo han sido hallados y bien publicados por E. Cuadrado y posteriormente por Lillo Carpio (30).

Frenos de caballo de época romana hallados en Murcia, hay que señalar, además del ejemplar de Ulea arriba descrito, una cama circular de bronce con decoración calada a base de triángulos y hojas lanceoladas, estribo rectangular y contorno dentellado, depositado sin procedencia en el Museo Arqueológico Provincial de Murcia aunque quizás originaria de la colección Saavedra y Pérez de Meca de Lorca (fig. 4). El tercer ejemplar, publicado repetidas veces, procede de Mazarrón. Se trata de una rueda circular con la inscripción calada: *sce Pauline vivas eteoris et semper sedas (et floreas)*, según la lectura de Hubner (31); o *sce Pauline vivas eternis? et semper sedas et floreas in Deo*, según la lectura de Palol (32). Un último ejemplar que en cierto modo podría estar relacionado con estos objetos, quizás cama de bocado o pasador de riendas, es el caballito de bronce fragmentado, publicado sobre todo por Palol, procedente del área Caravaca/Cehegín, con la leyenda *utere felex ... Nchtsis*, cuya cronología parece similar a todos los anteriores (33).

En cuanto a los cencerros, bastante abundantes en este yacimiento, son elementos relativamente frecuentes en *villae* ganaderas de la Meseta Norte, aunque asimismo se hallan repartidos por distintos puntos, a veces muy alejados de la Hispania romana (34).

Por otra parte, llama la atención la gran cantidad de vasijas para almacenamiento, dolios y ánforas, que constituyen un porcentaje aplastante entre el material cerámico; así como el breve período de ocupación del yacimiento, seguramente muy a finales del siglo IV o primer cuarto del siglo V, que corresponde a una fase de despoblación de las zonas bajas en favor de áreas o enclaves mejor protegidas, bien de forma natural o bien artificial. Es tentador relacionar este fenómeno con el período de incertidumbre que se vive en los inicios del siglo V, aunque de momento nos falta la evidencia arqueológica segura.

De momento la función específica de este yacimiento no la podemos determinar con precisión. Quizás pueda responder a un grupo rural de campesinos, instalados de forma provisional y durante un corto lapso de tiempo en un enclave en cierto modo protegido por el entorno, donde pastos y forrajes no faltarían. Otro yacimiento de

(30) Para los frenos ibéricos, CUADRADO, E: «Tumbas principescas de El Cigarralejo». *M.M.* 9, 1968, p. 176, fig. 3b. También, LILLO, P: *El poblamiento ibérico en Murcia*. Murcia, 1981.

(31) HUBNER, E: *I.H.C.*, supl. n.º 420.

(32) PALOL, P. de: «Algunas piezas...», p. 305, fig. 3.11.

(33) RIVERA MANESCAU, S: «Museo Arqueológico de Valladolid», *M.M.A.P.*, 1942 (1943), p. 213, lam. LXVII; PALOL, P: *Arqueología cristiana de la España romana*. Valladolid, 1967, pp. 354-355.

(34) Vid. CABALLERO, L: Fuentespreadas, p. 190.

topografía muy similar hallamos unos kilómetros aguas arriba de Bolbax (Cieza), donde también han sido recogidos materiales de cronología tardía. Tal vez se pueda pensar en algún tipo de guarnición, fuera de las tropas oficiales, situada en lugar estratégico de paso, que serviría de primera defensa para los habitantes del entorno.

De momento, los datos arqueológicos están muy fragmentados y apenas permiten una solución válida. Es necesario seguir investigando en esta dirección y buscar a lo largo de las márgenes del Segura yacimientos que ofrezcan una situación topográfica y una cronología similar. Entonces será el momento de establecer valoraciones más amplias y concretas. De momento, vaya aquí esta breve aportación, con la que queremos rendir homenaje a la figura del prof. Torres Fontes, auténtica institución de toda la vida cultural y universitaria durante las últimas décadas.

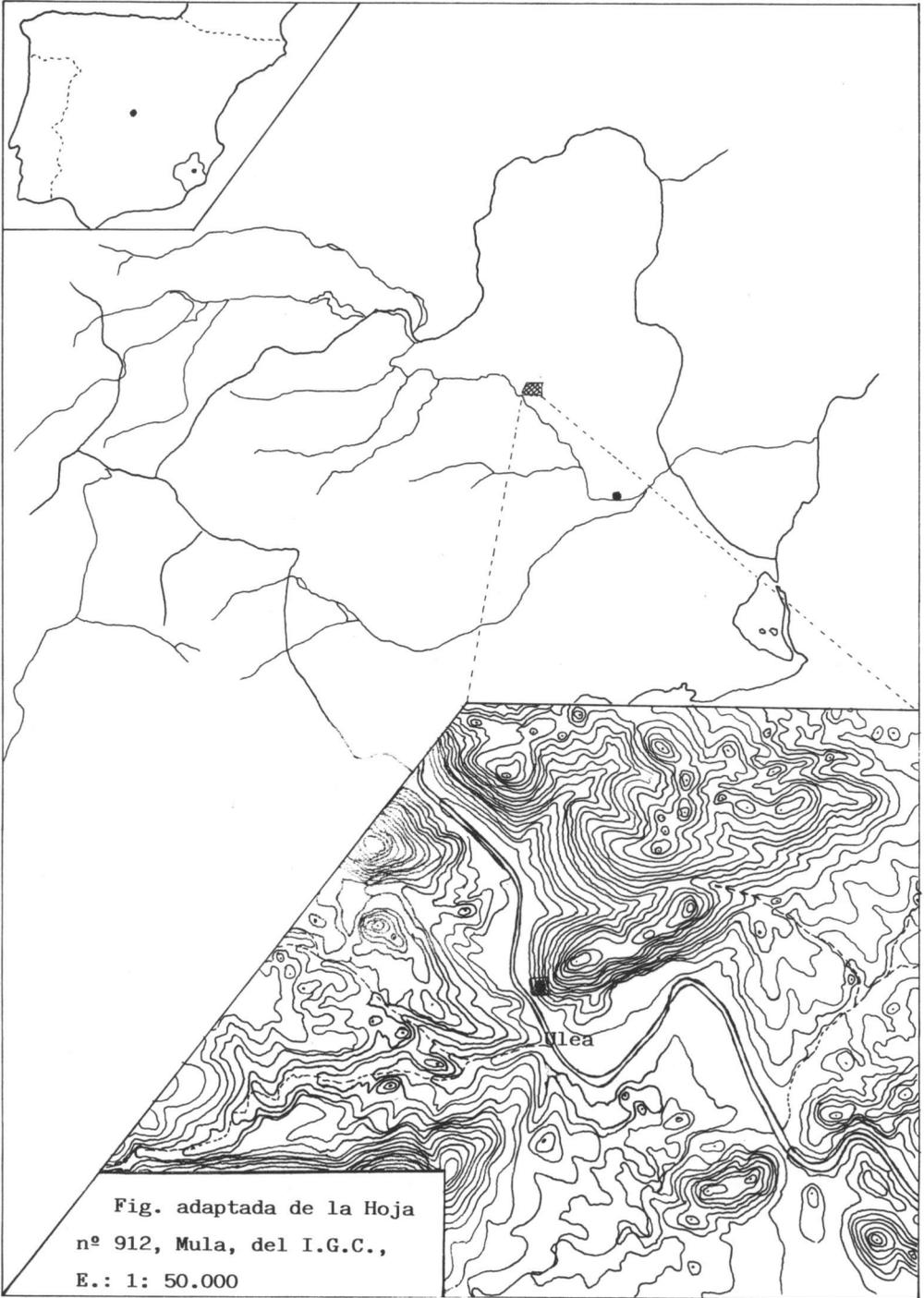
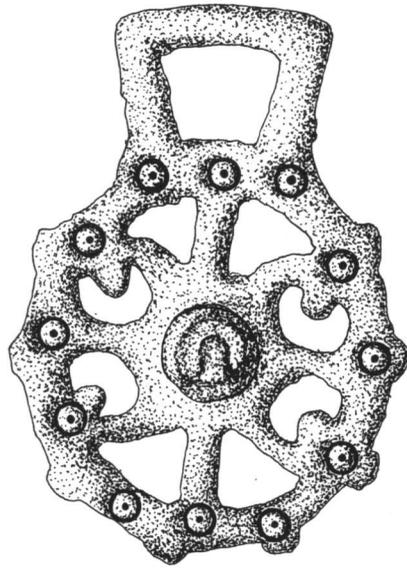
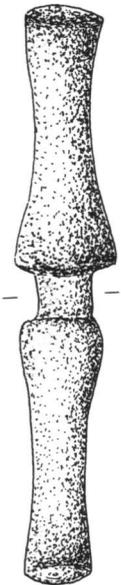


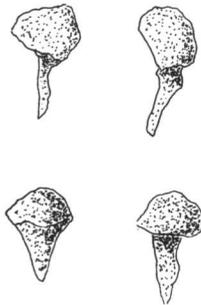
Fig. 1.-Localización geográfica del yacimiento del Salto de la Novia (Ulea).



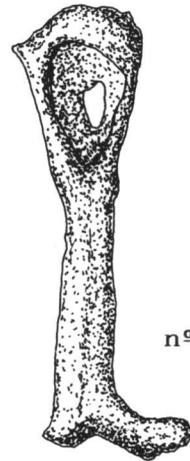
nº 1



nº 2



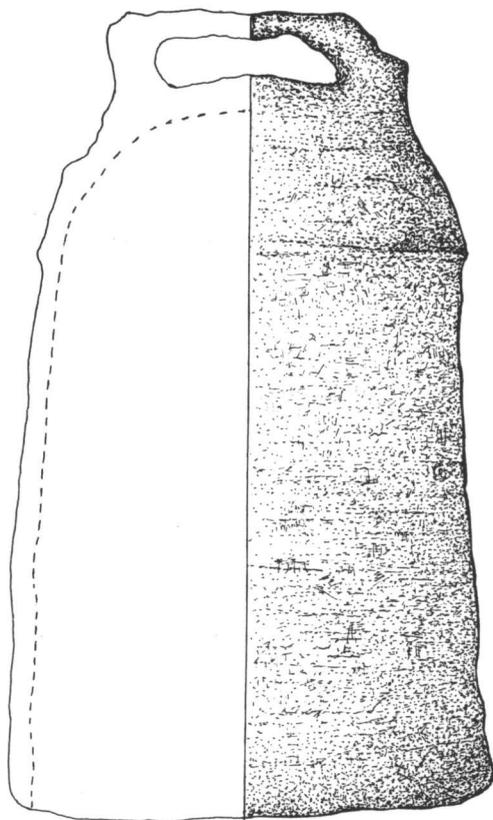
nº 3



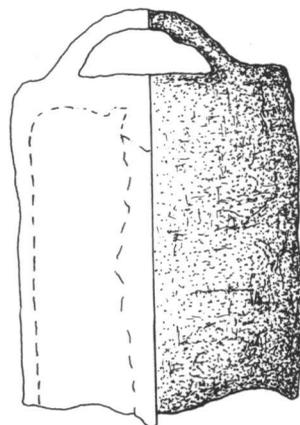
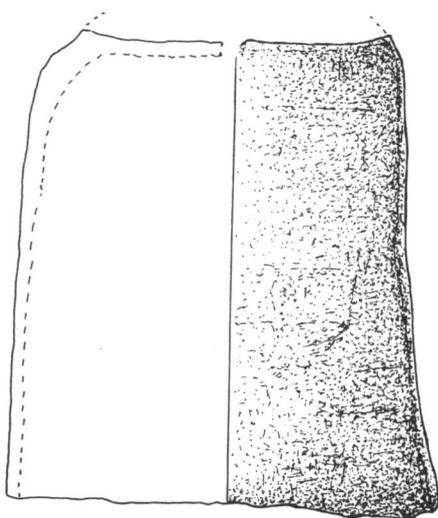
nº 7



Fig. 2.—Objetos de metal procedentes del yacimiento del Salto de la Novia (Ulea). 1-2, bocado de caballo. 3, clavitos de hierro. 7, objeto de filiación indeterminada.



nº 5



0 3 cm.

Fig. 3.—Cencerros hallados en el yacimiento del Salto de la Novia (Ulea).

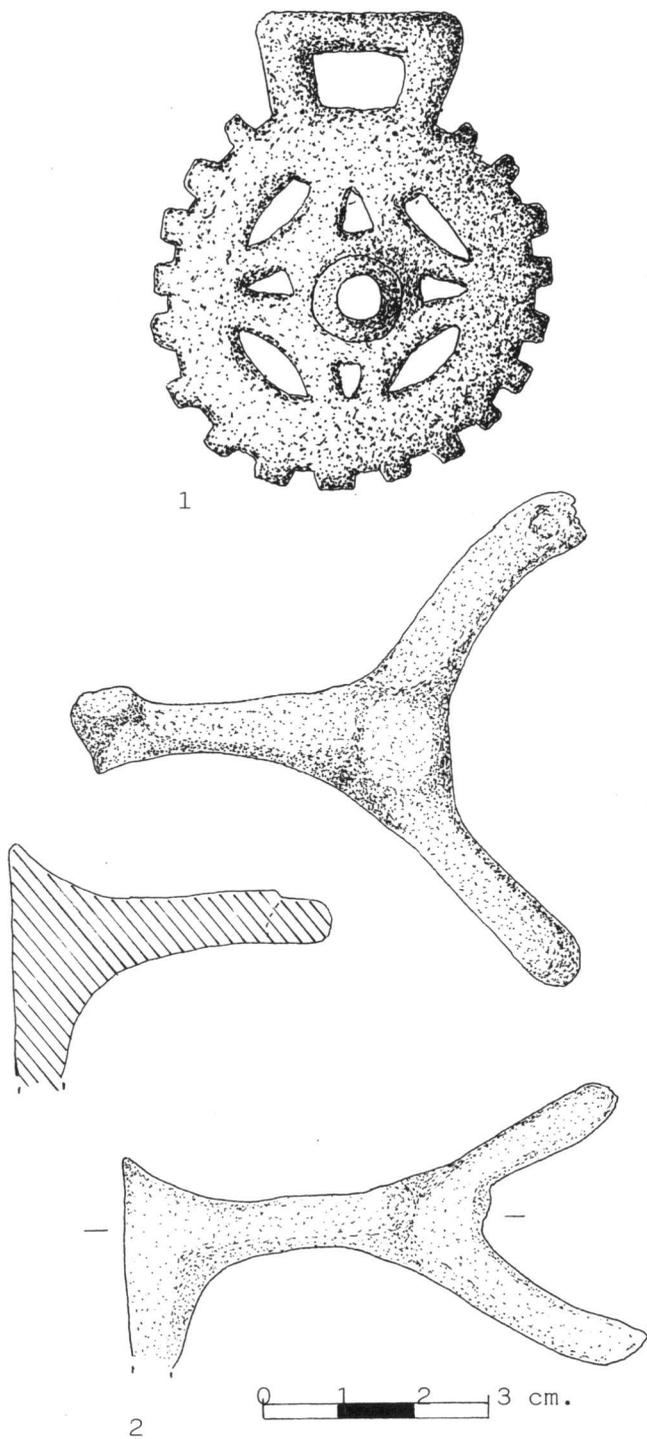
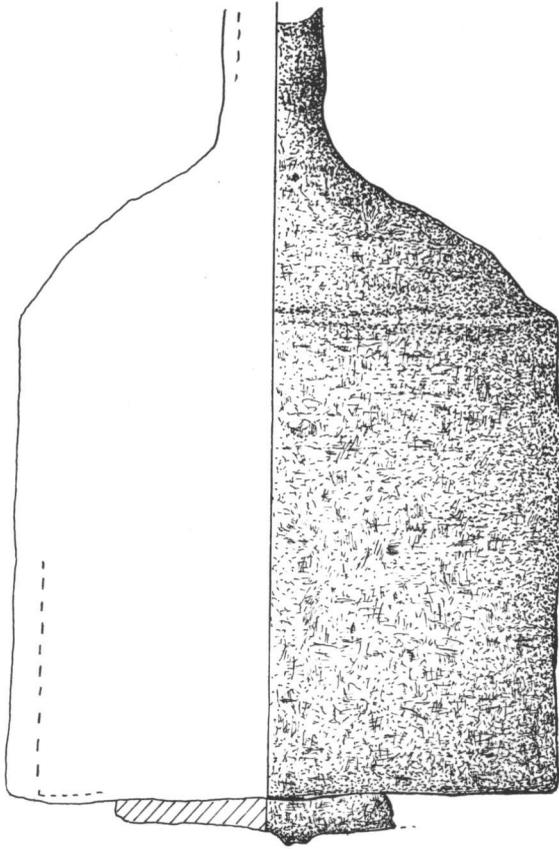


Fig. 4.—Objetos de metal procedentes del yacimiento del Salto de la Novia (Ulea) y proc. indeterminada.
1, cama de bocado de caballo, proc. indt; 2, Ulea, objeto indeterminado.



nº 8

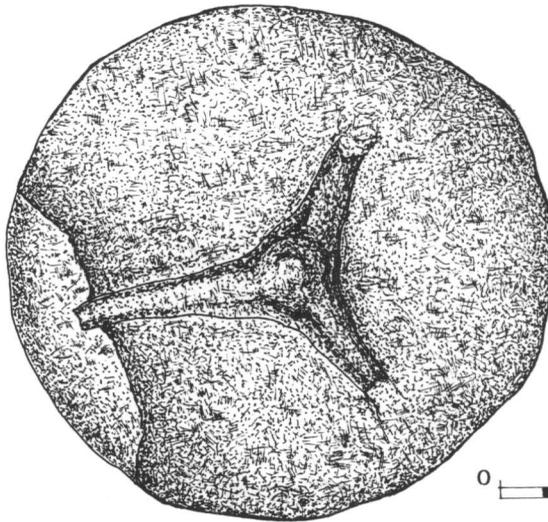


Fig. 5.—Objeto de metal de filiación indeterminada hallado en el yacimiento del Salto de la Novia (Ulea).

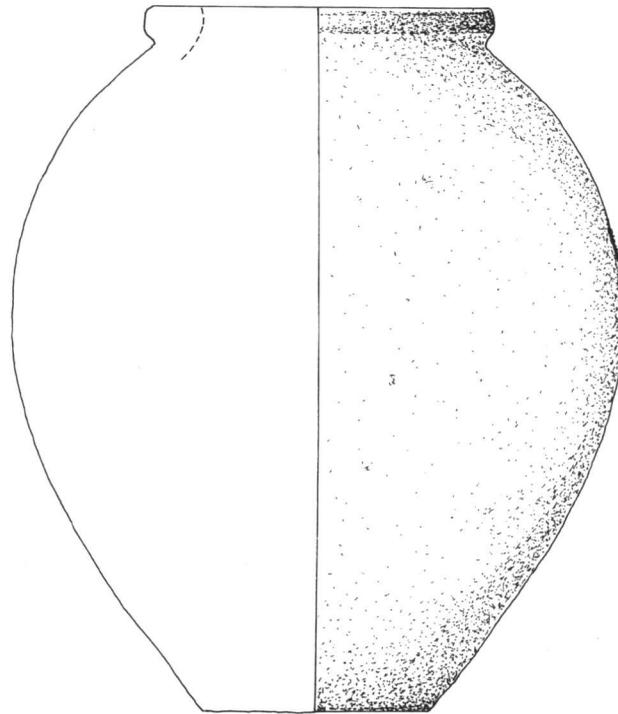
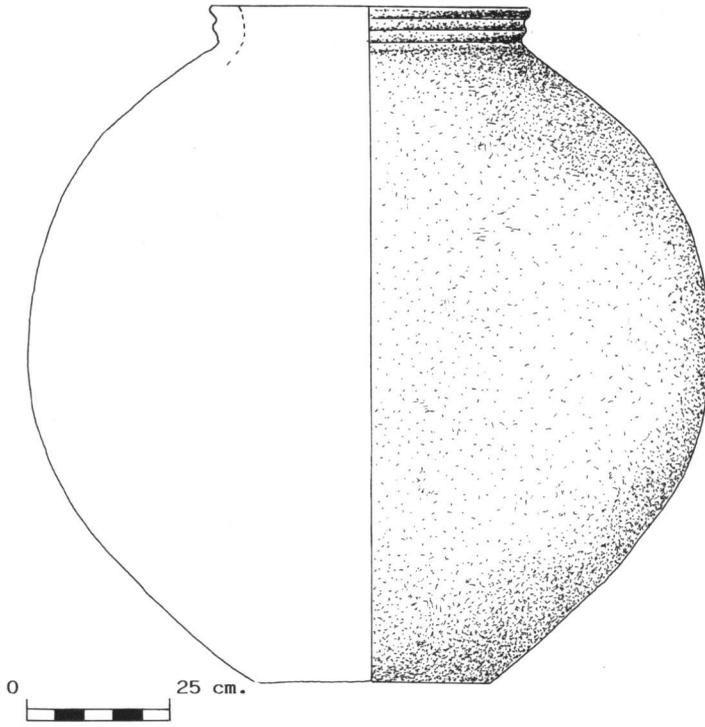


Fig. 6.-Dolios hallados en el yacimiento del Salto de la Novia (Ulea).

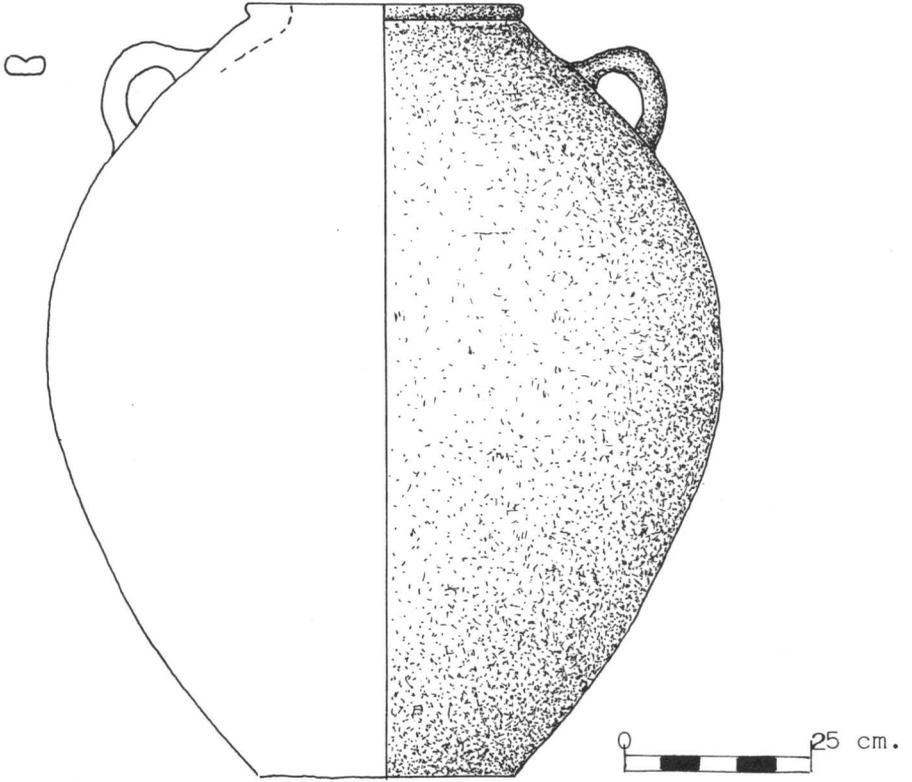
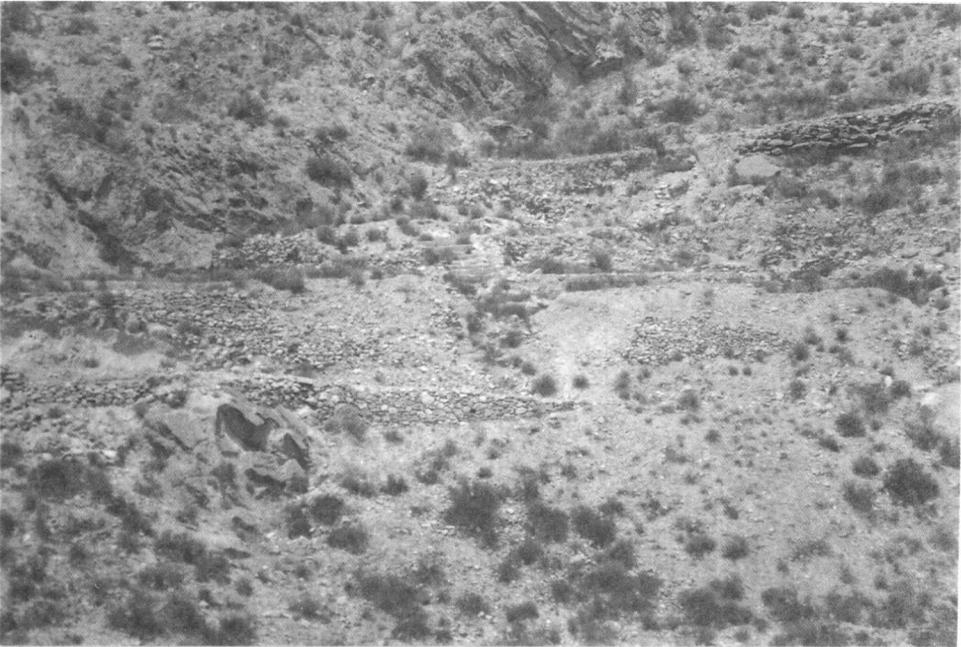
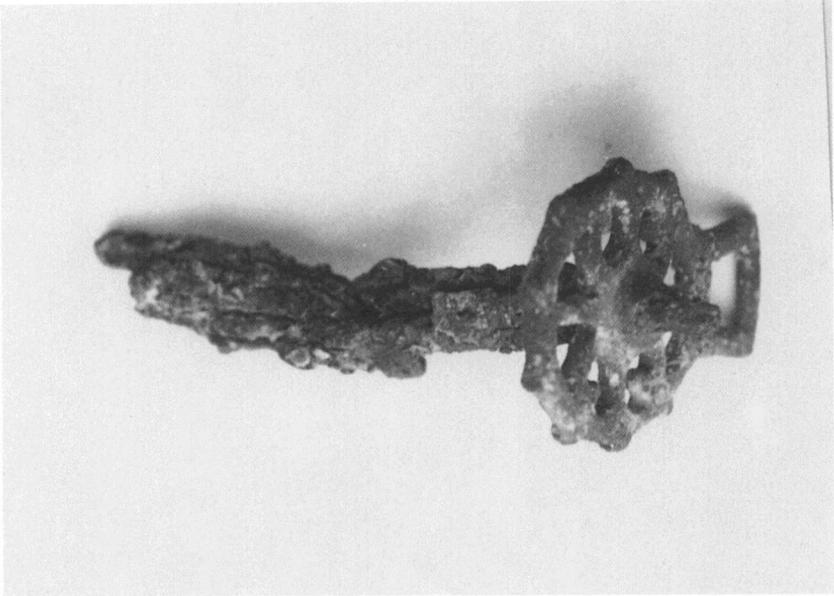
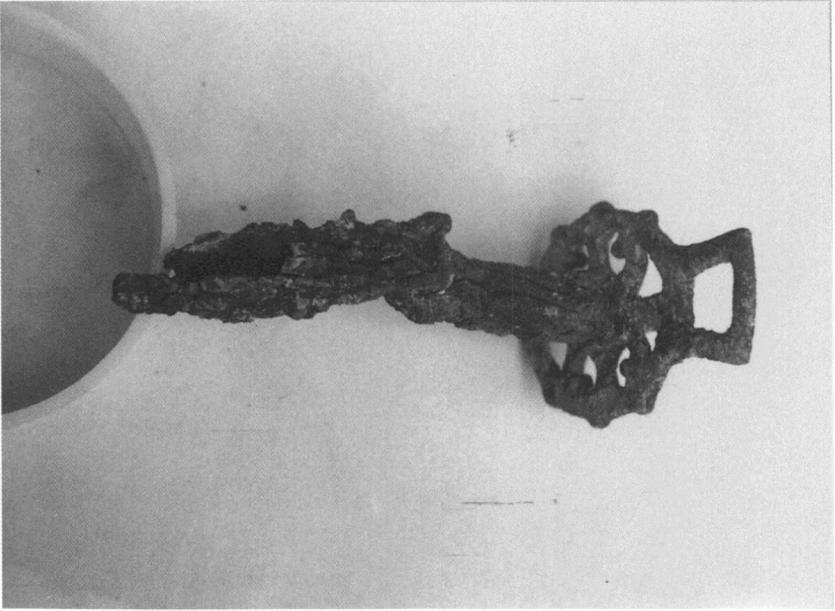


Fig. 6.-Dolios hallados en el yacimiento del Salto de la Novia (Ulea).



Lam. I.—Localización geográfica y aspecto general de las estructuras del yacimiento del Salto de la Novia (Ulea).



Lam. II.—Bocado de caballo procedente del yacimiento del Salto de la Novia (Ulea).



Lam. III.—Objetos metálicos procedentes del yacimiento del Salto de la Novia (Ulea).